



# La divina misericordia en la Sagrada Escritura<sup>1</sup>

*Cristóbal SEVILLA JIMÉNEZ*

Instituto Teológico San Fulgencio. Murcia

**Resumen:** Una visión panorámica, aunque no completa, de la misericordia divina en la Sagrada Escritura. Una lectura de textos del AT y del NT desde un punto de vista teológico y espiritual teniendo en cuenta el canon bíblico, y tratando de seguir el origen y el desarrollo de este tema desde el libro del Éxodo hasta el Apocalipsis.

**Palabras clave:** Divina misericordia, desierto, compasión.

Walter Kasper, en su libro, recomendado por el papa Francisco, sobre la misericordia<sup>2</sup>, comienza diciendo que estamos ante un tema actual pero olvidado. El Cardenal Kasper se hace las dos preguntas que muchos nos hacemos: ¿Por qué todo este sufrimiento que veo a mi alrededor? y ¿Por qué tengo que sufrir yo? Son dos preguntas que tantas veces eludimos desde la superficialidad de nuestro día a día, desde la prisa y las distracciones en las que nos sumergimos. Mejor vivir huyendo del sufrimiento, para sentir que la vida son dos días y hay que vivirla lo mejor posible. Pero al final todos nos tropezamos con estas preguntas y entonces el sufrimiento nos provoca escándalo. Y cuando nos encontramos con la palabra de Dios nos puede parecer que esta palabra no dice la verdad o que ese Dios que aparece en la Biblia como «compasivo y misericordioso» no es verdadero, sino una ilusión para dar consuelo y justificar

---

1 Ponencia en el 1<sup>er</sup> simposio nacional sobre la divina misericordia celebrado en Murcia del 5 al 6 de octubre de 2013.

2 *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana* (Santander 2013<sup>3</sup>).

así la ideología y los intereses de la religión establecida. Hace poco me encontré en la capilla de un tanatorio de Murcia, en el leccionario correspondiente cómo alguien había tachado con un bolígrafo el responsorio del Salmo 103: «*El Señor es compasivo y misericordioso*», y había puesto a continuación: «No». En ese momento me imaginé que alguien que había pasado por aquella capilla se encontraba en diálogo con Dios por la pérdida de un familiar o un amigo, alguien escandalizado y dolorido por la muerte cercana. En su «no» hay una respuesta a Dios desde su sentimiento herido, aunque es una respuesta que bien podría dejar hablar a Dios. Tantas veces me pregunto cómo podemos ser canales de la misericordia de Dios para tanta gente herida que en su sufrimiento se escuchan a sí mismos pero no escuchan a Dios. En esta conferencia trato de analizar cómo es el lenguaje de la Biblia sobre la misericordia, y así mostrar que la Palabra de Dios no presenta la misericordia de un modo teórico sino que parte de una realidad de necesidad y de sufrimiento.

## 1. LA EXPERIENCIA FUNDANTE DEL ÉXODO: EL NOMBRE DEL DIOS COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Podemos comenzar preguntándonos de dónde viene esta afirmación que se repite en bastantes textos como si fuera una confesión de fe, un pequeño credo del AT: «*El Señor es compasivo y misericordioso*» (Ex 34,6; Jon 4,2; Jl 2,13; Sal 86,15; 103,8; 145,8).

Es fácil deducir que el texto fuente de esta expresión es Ex 34<sup>3</sup>, la renovación de la alianza del Sinaí después del episodio del becerro de oro. Es en el contexto del éxodo y del desierto en el que tenemos que buscar el origen de esta confesión de fe de Israel. Al inicio de esta experiencia, en el episodio de la zarza ardiente, Dios le revela a Moisés un nombre después de haberle dicho: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo...» (Ex 3,7s). Y el significado del nombre que Dios le dice a Moisés es «el que es», es decir, el que actúa: «el que ve, el que oye, el que conoce los sufrimientos...». Es importante que anotemos en este texto, que cuando Dios se aparece a Moisés en la zarza, éste se «tapa la cara, porque temía ver a Dios». Más adelante veremos que en el episodio de la Transfiguración esto cambia.

---

3 Los demás textos en donde aparece esta expresión, dos son de los Doce profetas (Joel y Jonás), y tres son del libro de los Salmos. Se nota que es una fórmula estereotipada que refleja la fe de Israel en la misericordia divina y que se tuvo en cuenta en la redacción final de los Doce profetas. Es normal que aparezca también en el libro de los Salmos, pues este libro contiene composiciones litúrgicas al servicio del culto israelita.

Israel conoció en el desierto lo mejor y lo peor de sí mismo como pueblo, y fue precisamente cuando se encontró con lo peor, con el fracaso, con la rebelión y con la idolatría de hacerse un dios a su medida y según su necesidad, cuando el Dios que le había sacado de Egipto se le comunicó como un Dios clemente y misericordioso. Conocemos el episodio del becerro de oro y la apostasía de Israel en el desierto. Tenemos que pensar que el desierto es duro como la vida misma, que el camino se hacía largo, y que Moisés no acababa de bajar de la montaña para indicar al pueblo el camino a seguir. Estamos ante el núcleo del sentido de la idolatría para el pensamiento bíblico, en cuanto intento de controlar a Dios para encerrarle dentro de los límites de lo humanamente aceptable. Sin embargo, Yhwh es el Dios que camina con Israel, no un Dios inamovible que puede ser controlado, sino un Dios que acompaña y guía a su pueblo por encima de los acontecimientos históricos que pueden poner en peligro la misma existencia de Israel como pueblo. Tenemos que leer estos episodios del desierto desde las experiencias humanas que plasman la vida como camino. Nuestra vida es como un desierto sin camino trazado, con tensiones diarias por la subsistencia, por el modo de organizarnos, por el sentido de lo que hacemos, ¿hacia dónde vamos?, ¿en quién podemos confiar?, ¿hacia dónde nos lleva el camino que vamos haciendo? Pues bien, Israel se encontró con la misericordia divina en medio de una experiencia de fracaso y rebelión. Todo se podría haber acabado si Moisés no invoca a Dios con el nombre que le dijo en el episodio de la zarza y Dios no responde a Moisés desde la misericordia:

*«El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, que mantiene la clemencia hasta la milésima generación, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no los deja impune...»*  
(Ex 34,5-7)

Fijémonos en cómo Dios mismo como sujeto pronuncia dos veces su nombre, después de que Moisés lo ha invocado. ¿Es Dios o es Moisés quien pronuncia el nombre divino? Podemos imaginarnos que la repetición es mutua como si de un eco se tratara. Es Moisés quien en un primer momento invoca el nombre y Dios se lo devuelve en forma de eco. Y es que hay que pronunciar el nombre de Dios con humildad pues nuestros labios lo empequeñece, desde nuestra pobreza y desde nuestra pequeñez, y luego guardar silencio para oír el nombre de Dios pronunciado por él mismo y escuchar cómo suena en medio de nuestro sufrimiento el sonido de la misericordia.

La interpretación judía ha visto en esta doble repetición la relación del nombre divino con la misericordia, atributo que forma parte del ser mismo de Dios, de manera que lo que es Dios lo es también su misericordia.

Midrás Éxodo Rabbah 3,6-7: *«Se me denomina según mis hechos (...) y cuando me apiado de mi creación se me llama Yhwh, pues Yhwh significa la divina misericordia, como está escrito «Yhwh, Yhwh, Dios clemente y misericordioso» (34,6), y de aquí 'ehyeh 'aser 'ehye (3,14), es decir, se me denomina según mis hechos... Ve y diles que por mi Nombre, que es la Divina Misericordia, voy Yo a actuar con ellos...».*

El judío medieval Rashi comenta esta doble repetición diciendo que la primera mención del nombre divino era la dirigida antes de haber pecado y la segunda mención después de haberse arrepentido. El nombre mismo es el atributo de la misericordia.

Está claro que esta doble repetición quiere decirnos que para escuchar a Dios y sentirle a él desde su misericordia necesitamos entrar primero en nuestro sufrimiento y pecado, y desde ahí invocarle y tomarnos tiempo para escucharle. Si lo único que le pedimos a Dios es que él nos escuche cuando sufrimos y que escuche nuestros reproches no le dejamos entonces que él nos presente su misericordia.

Este texto de Ex 34 expresa la experiencia fundante de Israel en cuanto a la misericordia divina. Por eso, de este texto partirán todos los demás que hablan de la misericordia de Dios, pues la tradición bíblica plasmada en el canon ha hecho del éxodo la experiencia primigenia de la relación de Dios con su pueblo.

## 2. LA COMPASIÓN DE DIOS EN OSEAS

El profeta Oseas alude varias veces a la experiencia del éxodo y del desierto. Su profecía recuerda que en ese momento está la experiencia fundante de Israel como pueblo. La clave para comprender el fundamento de la relación de Israel con Yhwh está en este acontecimiento histórico, y por eso el profeta lo recuerda con un lenguaje vivo e imaginativo, de manera que cobre vida entre sus oyentes (Os 2,16-17; 9,10; 11; 12; 13,5). La bondad y la misericordia de Dios se entienden desde esta experiencia, y Oseas nos habla de ellas especialmente en el cap. 11. Se trata de un texto que se presenta como un largo monólogo divino en donde el profeta habla como si fuera Dios mismo

quien habla en primera persona. Dios habla a Israel de lo mucho que hizo por él durante el desierto, cuando lo sacó de la esclavitud de Egipto. Dice que lo amó desde el principio como hijo suyo, lo cuidó, lo curó, lo alimentó y lo unió a él con lazos de amor. El tema del amor es muy importante en el profeta Oseas. Se trata de un amor apasionado en donde Dios aparece como esposo y como padre. Pero estos lazos de amor y estas correas de cariño humano no podemos interpretarlas superficialmente solo en un sentido meramente afectivo, pues son una imagen de la ley, de los mandamientos. Estos son los lazos de amor con los que Dios trataba de unirse y guiar a su pueblo, los lazos y las cuerdas de la alianza. Son lazos humanos, así lo dice el texto, porque Dios, que nos ha creado, no se une a nosotros desde fuera, sino desde dentro de nosotros mismos, desde nuestra humanidad. No nos pide lo que no podemos darle, sino lo que podemos darle, que es lo que somos, nosotros mismos, nuestra humanidad.

En el centro de este cap. 11 de Oseas, encontramos un texto que es una cumbre teológica de la Biblia. Dios habla de sus propios sentimientos para con Israel, después de denunciar su idolatría y anunciar que volverán a Egipto porque rehúsan convertirse. El texto dice así:

*¿Cómo podría abandonarte, Efraim, soltarte, Israel?*

*¿Podría entregarte como a Admá, tratarte como a Seboyin?*

*Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas.*

*No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraim,*

*Porque yo soy Dios, y no hombre;*

*Santo en medio de vosotros, y no me dejes llevar por la ira» (11,8-9)*

Se trata de un sentimiento interior que lucha contra la lógica del castigo que se impone ante la postura presente del pueblo, sabiendo que le acarreará un gran sufrimiento en el futuro inmediato. Podemos definir este sentimiento como compasión, en cuanto sufrimiento de amor ante el sufrimiento del otro<sup>4</sup>. Dios tiene compasión de su pueblo y se conmueve al arrepentimiento de castigar a su pueblo porque le ama y le duele su alejamiento. Algunos han comentado este texto diciendo que aquí se muestran las entrañas maternas de Dios, y que Os 11 comienza hablando de Dios como padre y termina presentando a Dios como madre. Y esto porque lo que hemos traducido por «entrañas» es el término hebreo *nijam*, que significa «arrepentimiento», y el

---

4 Cf E. HOUSSET, «La compasión como sufrimiento de amor», *Communio* Octubre-Diciembre 2003, 408-416; X. TILLIETTE, «El misterio del sufrimiento divino», *Communio* Octubre-Diciembre 2003, 417-422.

lugar del cuerpo humano en donde se siente esto es en las entrañas, algunos dicen útero materno. El lugar donde nace la vida. Pero no podemos olvidar que Dios es todo esto y mucho más, pues lo trasciende. Comprendo que algunos hablen de esta imagen de Dios como madre como una respuesta a un posible abuso en la presentación de Dios como hombre-padre, pero Dios trasciende todo esto, y el porqué de esta actitud de Dios la encontramos en la afirmación del v. 9b:

«porque soy Dios, no hombre («ser humano»); el Santo *en medio de ti*».

Es decir, estos son los sentimientos propios de la santidad de Dios, su compasión y su misericordia. Él nos ha creado y por eso se conmueve y sufre por nosotros con un amor eterno y fiel.

En otro texto de Oseas encontramos también una mención a la misericordia divina. Ésta aparece con una imagen muy humana para expresar los sentimientos de Dios para con su pueblo: «*La compasión se oculta a mis ojos*», dice el Señor en 13,14b. Es como si Dios dijera: «ya no puedo más», y si mi pueblo quiere hundirse en el abismo que lo haga, pues no puedo negarle su libertad. Si mi pueblo no quiere reconocer mi misericordia y mi compasión será peor para él. Estamos ante el sufrimiento de Dios, un sufrimiento de amor porque el amor se vuelve difícil debido a la negativa del pueblo que ha rehusado el mensaje de los profetas. Esta dificultad no quiere decir imposibilidad, pues se trata del mismo Dios del éxodo y de la misma misericordia que habíamos encontrado en 11,8-9. Por eso habrá que esperar para que Israel pueda apreciar de nuevo la misericordia divina. Esto fue apreciado por los que reunieron la profecía de Oseas en el reino de Judá y la colocaron al inicio de la colección de los Doce Profetas. Y es que la misericordia es un tema transversal en esta colección profética que abarca varios siglos de la historia de Israel, desde Oseas hasta Malaquías. Lo más claro y sencillo de constatar en este aspecto es las veces que encontramos la fórmula de la compasión y la misericordia divina (Jl 2,12-14; Miq 7,18-20; Nah 1,2b,3a; Mal 1,9a). En todos estos pasajes que van desde el segundo libro en el orden de los Doce, Joel, hasta el último, Malaquías, aparece la gracia divina en forma de fórmula<sup>5</sup>. Este tema no sólo ha influido en la puesta por escrito de toda esta profecía sino también en el orden sucesivo de los libros que la componen.

<sup>5</sup> Cuando Ben Sira habla de estos profetas se refiere a ellos como un grupo, después de mencionar a Isaías, Jeremías y Ezequiel en sus contextos históricos y dice de ellos que «consolaron a Jacob y lo salvaron con esperanza confiada» (49,10).

Se quiere plasmar en la sucesión de esta profecía que la misericordia divina es para siempre y está por encima de la respuesta de Israel, pues el Dios de la alianza mantiene siempre su misericordia.

Es lo que encontramos en numerosos textos de Isaías, en donde aunque se manifieste lo que parece en un primer momento el castigo divino y el abandono de Dios, se deja claro que su misericordia es eterna, y esto nos abre a una gran esperanza<sup>6</sup>:

*«En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante,  
pero con amor eterno te he compadecido, dice el Señor, tu redentor  
(Is 54,8)*

*«Porque en mi cólera te herí, pero en mi benevolencia he tenido com-  
pasión de ti.  
Abiertas estarán tus puertas de continuo; ni de día ni de noche se  
cerrarán (Is 60,10b-11a).*

### 3. LA MISERICORDIA DIVINA ES PARA SIEMPRE

Esto de que el amor de Dios es eterno y su misericordia es para siempre es algo muy importante, pero para comprender esto lo primero que tenemos que saber es que el tiempo de Dios no es nuestro tiempo. Dios es una eternidad de amor, o dicho de otra manera, una misericordia que siempre está y dura para siempre ¿Cómo entramos nosotros en contacto con esa eternidad de amor? Varias respuestas a esta pregunta las encontramos en el libro de los Salmos.

El salmista del salmo 30 experimenta que la bondad de Dios está siempre:

*Tañed para el Señor, fieles suyos, celebrad el recuerdo de su nombre  
santo;  
Su cólera dura un instante; su bondad de por vida;  
Al atardecer nos visita el llanto; por la mañana el júbilo.*

---

6 El hecho de que Miqueas ocupe el centro de los Doce profetas y que sus últimas palabras estén referidas a la misericordia divina y a su compasión (Miq 7,19-20) es importante: «volverá a compadecerse de nosotros, destrozará nuestras culpas...». Sabemos que el libro de Isaías influyó en la edición del libro de Miqueas a través de este tema.

El recuerdo de su nombre santo es el recuerdo de que su misericordia y su bondad es eterna, y este salmista la ha experimentado en su vida:

*Cambiaste mi luto en danzas. Me desataste el sayal, y me has vestido de fiesta.*

Esta es la experiencia que aparece también en el Sal 103:

*«Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen;  
Porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos de barro...  
Los días del hombre duran lo que la hierba...,  
Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre»*

Y también la del sal 138:

*«Cuando camino entre peligros me conservas la vida;  
extiendes tu mano contra la ira de mi enemigo, y tu derecha me salva.  
El Señor completará sus favores conmigo.  
Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»  
(sal 138,7-8)*

Esto es algo común en los salmos, y nos encontramos tantas veces cómo el salmista pasa de la angustia y del miedo a la esperanza y a la alegría porque descubre en medio de su tormenta pasajera que la misericordia divina es para siempre, y por eso se refugia en ella:

*«Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti;  
Me refugio a la sombra de tus alas mientras pasa la calamidad...»  
(Sal 57,2).*

Las alas simbolizan precisamente la misericordia y la protección divina (cf tb Dt 32,11; Sal 17,8; 36,8; 61,5; Rt 2,12), y son una mención de Ex 19,4, en donde Yhwh le recuerda a Israel, acampado ya en el Sinaí: «vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado *sobre alas de águila* y os he traído a mí». Por eso en la liturgia de Israel se invita a todos los que participan a que proclamen que la «misericordia del Señor es eterna» y den gracias por ello (Sl 100,6; 106,1; 1007,1; 118).



En el salmo 85 encontramos una súplica comunitaria pidiendo a Dios una restauración de su pueblo: «*Muéstranos Señor tu misericordia y danos tu salvación*» (v. 8). El salmista, que es tal vez el que dirige esta súplica, se pone a la escucha profética del Señor y el oráculo que surge es un anuncio de salvación en donde se manifestará plenamente la gloria de Dios en medio de su pueblo:

*«La misericordia y la fidelidad se encuentran,  
la justicia y la paz se besan...»* (v. 11)

Y es que la fidelidad es el fruto de la misericordia igual que la paz es el fruto de la justicia. O dicho de otro modo, la fidelidad es la respuesta a la misericordia, y la paz es la respuesta a la justicia.

La expresión tan conocida de «buscar el rostro de Dios» significa buscar su misericordia, ir tras la bondad del Señor para que se manifieste en medio de la dificultad y de la prueba. Como encontramos en la súplica individual del Sal 27:

*«Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».  
Tu rostro buscaré, Señor.  
No me escondas tu rostro.  
No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio;  
No me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.  
Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá»*  
(27,8-10)

En medio de las dificultades es necesario mantenerse siempre en la esperanza de la misericordia divina. Es lo que pide el Eclesiástico a todos lo que se acerquen a servir al Señor:

*«Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia...»*  
(2,7.9.11)

Porque siempre es mejor ser probados por el Señor y pasar dificultades y humillaciones por Él, que caer en el círculo de los intereses humanos y sus sentimientos contradictorios que nos alejan de la paz:

*«Caigamos en manos del Señor y no en manos de los humanos,  
pues su misericordia es como su grandeza»*  
(2,18; cf 2Sam 24,14).

#### 4. AUNQUE LA SINTAMOS LEJANA

Jeremías nos habla de cómo la divina misericordia siempre está ahí y permanece para siempre, aunque a veces la sintamos lejana. Se trata de Jr 31,2-3, un texto en el que encontramos la imagen del desierto para expresar un tiempo de especial dificultad:

*«Halló gracia en el desierto  
el pueblo que se libró de la espada,  
va a su descanso Israel.  
Desde la lejanía YHWH se me apareció:  
'Con amor eterno te he amado,  
por eso he tirado (msk) de ti con bondad'»*

Este texto tiene mucho que ver con el cap. 11 de Oseas que hemos visto, con las imágenes del desierto y con las cuerdas de amor y los lazos humanos. El texto describe la situación del pueblo de Israel que vuelve a recuperar la esperanza en medio del desierto del exilio y de la dispersión. En medio de esa situación y después de algunos años finalmente Israel ha encontrado la gracia de Dios y su misericordia en medio de su desierto.

Desde la distancia, desde la lejanía, «Yhwh se me apareció». En esta situación de calamidad, Yhwh, a pesar de la distancia (*merahq*, v. 3), no ha dejado de amar a su pueblo. No se trata ni de una distancia física<sup>7</sup>, en el sentido del alejamiento geográfico de la tierra que supone el exilio, ni de una distancia temporal, en el sentido del tiempo que ha pasado desde la experiencia del éxodo, en donde Yhwh manifestó su amor. En ambos sentidos se interpreta la distancia desde el punto de vista de la experiencia del exilio. Esta distancia de la que habla Jeremías tiene el sentido de la ausencia de Dios experimentada durante este exilio. Yhwh estaba presente, pero su presencia no estaba claramente comprendida. Así nos pasa tantas veces a nosotros que no nos damos cuenta de la presencia de Dios en medio de nuestros desiertos, y sentimos a Dios lejano y ausente. Pero cuando volvemos a encontrarnos con su misericordia nos damos cuenta de que Dios estaba más cerca que nosotros mismos. Y es que hemos de ser conscientes de que si nos soltamos de las cuerdas de amor con las que Dios

<sup>7</sup> Cf J. UNTERMAN, *From Repentance to Redemption. Jeremiah's Thought in Transition*, JSOT.S 54 Sheffield 1987, 47. El hecho de que esta expresión la emplea Jeremías para designar la distancia física del exilio como en Jr 30,10 («desde lejos»/»país de cautiverio»=exilio); 46,27 (idem); y 51,50 (idem), no es un argumento definitivo, pues hay que tener en cuenta otros textos como 23,23.

trata de unirnos a él, es decir sus mandamientos, entonces nos dispersamos y nos alejamos. Vivimos en la ansiedad de una búsqueda sin sentido, atraídos por la inmediatez de las cosas de este mundo, y a merced no de los sentimientos de Dios, de su misericordia y de su gracia, sino a merced de nuestros propios sentimientos contradictorios. Por eso Dios, a través de Jeremías prometió una nueva alianza en donde escribiría su ley no en piedra sino en nuestros corazones.

En este momento Jeremías tiene la visión de una ley dentro del corazón humano que será escrita a través de una nueva alianza dictada por Dios. El conocido texto de la «nueva alianza» (31,31-34), es la intervención de Jeremías en el momento final para Israel una vez que se había consumado la invasión babilónica del 586, la destrucción de Jerusalén, y la deportación de la población. Jeremías vio que Israel se había convertido en una piedra que no escuchaba la palabra de su Dios, y que a corto plazo no había esperanza porque los corazones se negaban a convertirse, y por eso anunció la ruina que habría de venir de la destrucción de Jerusalén y la pérdida de la tierra. Esto significaba de algún modo una vuelta a una situación de desierto. El síntoma principal de esta crisis era que Israel ya no se reconocía a sí mismo como pueblo dependiente de Dios en medio de la crisis babilónica y buscaba su salvación en las alianzas políticas. Su culto era un culto separado de la palabra recibida en la alianza del Sinaí. Cuando ya la ruina está consumada, al final ya de su actividad como profeta, y antes de tener que marchar al exilio forzoso de Egipto, Jeremías anuncia una renovación y conversión a través del corazón:

*«Ya llegan días —oráculo del Señor— en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No será una alianza como la que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, pues quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor —oráculo del Señor—. Ésta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días —oráculo del Señor—: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: «Conoced al Señor», pues todos me conocerán, desde el más pequeño al mayor —oráculo del Señor—, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados» (Jr 31,31-34).*

Lo que anuncia este oráculo es que todos conocerán a Dios desde el corazón, cuando Dios manifieste su misericordia a través del perdón de los pecados. Y el reconocimiento de esta misericordia se hará desde el corazón. El corazón en la Biblia no sólo es el lugar de los sentimientos, sino también el lugar del

conocimiento, de la recta razón y de la voluntad. Es lo propio del ser humano, lo que define su naturaleza espiritual, pues el corazón es el lugar del encuentro personal con el Dios de la Alianza, y también su naturaleza racional, pues el corazón es lo que regula la conciencia y la libertad humana. Es el lugar de la escucha de la palabra y de la sabiduría, y el lugar de la decisión a favor del bien y del rechazo del mal, el lugar de la conciencia, en donde se percibe la objetividad del bien.

Los profetas se dieron cuenta de la importancia de una respuesta desde el corazón a la alianza. Oseas y Jeremías se preguntaron una y otra vez por la razón última de que la historia de amor entre Dios y su pueblo tuviera que concluir en una ruina. Resumieron su respuesta en la idea de una libertad resuelta al mal o, por decirlo con el lenguaje bíblico, en la de un corazón equivocadamente endurecido o petrificado (cf Jr 17,1.9; Ez 36,26).

## 5. DEL AT AL NT. LA MISERICORDIA DE DIOS HECHA HUMANIDAD Y CORAZÓN

¿Se ha cumplido esta profecía de Jeremías sobre un corazón en donde Dios pueda escribir su Ley? Para responder a esta pregunta tenemos que ir al Nuevo Testamento. El oráculo de Jeremías viene citado de forma explícita en Heb 8,8-12. La epístola a los Hebreos muestra cómo la muerte de Cristo, hecha ofrenda perfecta (y lo perfecto ya no se puede perfeccionar más) en la obediencia a Dios y en la solidaridad con nosotros los hombres, ha instituido una situación de verdadera y definitiva alianza<sup>8</sup>. El corazón de Jesús es la realización de la Nueva Alianza<sup>9</sup>, y por eso en Jesús encontramos el rostro misericordioso de Dios, tan buscado en todo el AT. Esto lo podemos contemplar y entender en dos escenas del Nuevo Testamento: la transfiguración y el costado traspasado en la crucifixión. En estas dos escenas podemos acercarnos a la humanidad de Jesús y al corazón de Jesús como expresión de la misericordia divina.

Es en la escena de la Transfiguración (Mt 17,1-13//Mc 9,2-8//Lc 9,28-36) en donde por fin Moisés y Elías que en su momento se taparon el rostro para no ver el rostro de Dios (Ex 3,6; 1 Re 19,13), ahora lo consiguen ver en Jesu-

---

8 Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet («El Nuevo está latente en el Antiguo, y el Antiguo se hace patente en el Nuevo»). Con esta fórmula resumía san Agustín la unidad de los dos Testamentos de la Biblia, en la que el misterio de Cristo se explica (*Quaestiones in Heptateuchum* 2,73; cf. DV 16).

9 *A la sombra de tus alas. Nuevo comentario de grandes textos bíblicos* (Bilbao 2002) 129 ss.

cristo transfigurado<sup>10</sup> y anunciando su muerte por toda la humanidad. Ambos personajes representan al AT, Moisés, La Torá o Ley, y Elías, el profeta por excelencia. Ellos conversan con Jesús, que es la expresión máxima y perfecta de la misericordia divina, y por eso la voz del Padre pide que se le escuche. La humanidad de Cristo que es también nuestra propia humanidad es amada por Dios («*Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo*»), pues Él lo abarca todo y a todos.

Y en la escena del costado traspasado de Cristo (Jn 19,34), el discípulo amado nos invita a mirar al Elevado en la cruz, el que sería reconocido (8,27) y atraería la mirada de todos (12,32), pues «mirarán al que traspasaron» (19,37; cita de Zac 12,10). El agua que brota del costado alude a otra palabra de Jesús en donde había anunciado el Espíritu: «De sus entrañas manarán ríos de agua viva» (Jn 7,38)<sup>11</sup>. Y la sangre que sale del costado junto con el agua puede ser una alusión a la vida misma de Dios, que es su propia vida, y que entrega en este momento. El significado bíblico de la sangre es el de la sede de la vida misma (Gn 9,3-6). De tal manera que Jesús, entregando su sangre, entrega su propia vida, que es la de Dios, y revela así su amor eterno, su misericordia sin fin<sup>12</sup>.

Pero vayamos al encuentro de la predicación de Jesús, ¿cómo habló él de la misericordia? Pues lo hace citando el AT, precisamente al profeta Oseas que hemos leído. En el evangelio de Mateo Jesús recuerda dos veces esta frase de Oseas (9,13; 12,7): «*misericordia quiero y no sacrificio*» (Os 6,6). En Mc 12,33 encontramos una alusión a este mismo texto. En estos textos los fariseos discuten la autoridad de Jesús como maestro desde la ley dada por Dios a Moisés en el desierto como expresión de la alianza. Es importante notar que el contexto de esta cita de Oseas está dentro de una denuncia de transgresión de la alianza en donde aquellos que deberían cumplirla (sacerdotes y jefes) lo hacen tan solo de una manera superficial (4,1-9,9). Este cumplimiento superficial (6,1-3) hace que el culto sea inútil (cap. 8) y que haya hostilidad hacia la profecía (9,7). Esta cita resume muy bien lo que Oseas propone: vivir la alianza desde la misericordia.

En la alusión de Mc 12,33 es un escriba de la ley quien pregunta a Jesús por el mandamiento principal de la ley, y él mismo, ante la respuesta de Jesús, dice que «*amar al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios*». En Mt

---

10 «En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz», BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*. Primera parte, Madrid 2007; 361.

11 Desde el medievo se han interpretado estos textos en base a la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. Cf el estudio de H. Rahner en *Bíblica* 22 (1962).

12 X. Léon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan*, IV (Salamanca 1998) 140.

23,23, Jesús increpa a los escribas y fariseos por olvidar lo más importante de la Ley: «la justicia, la misericordia y la fidelidad», y les dice que esto es lo que hay que practicar sin olvidar también los preceptos pequeños.

Jesús les está diciendo a los escribas y fariseos de su tiempo, a los que se consideraban conocedores de Dios, que ese Dios que ellos predicaban era un dios abstracto. A mucha gente ese Dios se les antojaba muy alejado de su situación personal, un Dios que no conectaba con sus sufrimientos, con sus miedos, con sus fracasos, con sus soledades, con sus pobrezas, con sus desiertos... La imagen de un Dios impasible, es decir, que no sufre con los que sufren, y que dicta leyes que sólo unos pocos conocen, les resultaba alejada. Había un distanciamiento entre la realidad que la gente pobre vivía y la predicación y la vida de estos escribas y fariseos. Por eso Jesús les recuerda que la misericordia está antes que todo.

Es desde el corazón sincero y compasivo desde donde debemos vivir nuestra relación con Dios, y les dice que el verdadero sentido de la ley, de la voluntad de Dios, está en la misericordia que Dios muestra a su pueblo y pide como actitud. Cumplir la Ley es no olvidar nunca la misericordia, verdadero espíritu de esta Ley. Jesús vuelve a la memoria fundante de la relación entre Dios y su pueblo, cuando éste caminaba por un desierto terrible y largo. Como vemos, Jesús no ha venido a abolir sino a dar cumplimiento, a llevar a la perfección lo que se anunciaba en el AT.

Esta petición que hace Jesús de que Dios Padre lo que quiere es misericordia la encontramos en las parábolas sobre la misericordia en Lc 15. Los escribas y fariseos murmuraban contra Jesús porque los pecadores se acercaban a él para escucharle. Y Jesús enseña la misericordia de Dios Padre con tres parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida, y la que conocemos como «parábola del hijo pródigo». Al final, cuando acaban la narración de las tres parábolas todo ha sido encontrado y hay alegría por haberlo encontrado, el pastor ha encontrado la oveja, la mujer su moneda, y el padre al hijo menor que se había ido; sólo el hijo mayor sigue perdido aunque no se haya ido fuera, y todo por no comprender la misericordia del Padre expresada con tanta prisa en «era preciso celebrar un banquete» (Lc 15,31)<sup>13</sup>. Este hijo mayor representa precisamente a los escribas y fariseos, los que ponen en duda la acogida misericordiosa de Jesús para con los pecadores.

---

13 J.-N. ALETT, *El arte de contar a Jesucristo. Lectura narrativa del Evangelio de Lucas* (Salamanca 1992) 182-184. «Ese «es preciso» es el del amor alejado de todo cálculo, el del perdón sin condiciones, en una palabra, el de la humanidad de Dios» (184).

## 6. LA MISERICORDIA QUE SALE AL ENCUENTRO EN EL DESIERTO

Hemos visto también cómo los textos claves del AT que presentaban la misericordia divina tenían que ver con el desierto. Veamos ahora cómo también en el NT la misericordia de Jesús se manifiesta en el desierto. Los evangelistas que han narrado los episodios de la multiplicación de los panes y los peces lo han hecho evocando el desierto.

Es curioso, pero el motivo del desierto aparece en toda la tradición evangélica en la escena de la multiplicación de los panes, no en forma de cita directa sino como alusión que evoca la narración del desierto del éxodo. En el evangelio de Marcos, en 6,31<sup>14</sup>, leemos cómo Jesús se dirige a sus discípulos cuando volvían de la misión a la que habían sido enviados (6,7): «*Venid vosotros a solas a un lugar desierto y descansad un poco*». En ese lugar desierto se produce la multiplicación de los panes (6,30-44), y tanto el término «desierto» (*érèmos*) como la petición de Jesús a sus discípulos de disponer a la gente en grupos de cien y de cincuenta (Ex 18,25 y Nm 31,14) recuerdan la estancia de Israel en el desierto y su primera organización como pueblo en camino. Jesús y sus discípulos no se encuentran exactamente en un desierto geográfico, pues en los alrededores del lago de Galilea no encontramos ninguno de los desiertos que se nombran en la geografía de Israel, sino más bien en un lugar apartado y solitario. Pero la escena es narrada por los evangelistas de manera que ese lugar solitario de encuentro de Jesús con sus discípulos y la gente evoque el encuentro del pueblo de Israel con Dios en el desierto.

De hecho, tanto Marcos como Mateo (14,13.15) no emplean el término *érèmos* en sentido absoluto sino con *tópon* («un lugar»), en el sentido de «un lugar despoblado» (cf Mt 14,15 y par Mc 6,35: «*el lugar está desierto*»). Está claro que tanto Mateo como Marcos tratan de precisar que Jesús no estaba exactamente en uno de los desiertos conocidos, aunque buscan una palabra que evoque el desierto y la experiencia de salvación que representaba para el pueblo de Israel<sup>15</sup>.

En Lucas no encontramos la mención del desierto sino que Jesús va con sus discípulos a Betsaida, una población en la orilla noreste del lago de Galilea (9,10), pero en el v. 12, los discípulos dicen a Jesús que están en un lugar desierto.

---

14 Cf el estudio del contexto de este texto de Marcos en M. PÉREZ FERNÁNDEZ, *Textos fuente y contextuales de la narrativa evangélica. Metodología aplicada a una selección del evangelio de Marcos*, BM 30, Estella 2008, 397-450. Sobre el desierto, 413-417.

15 Cf V. MORA, *La symbolique de la création dans l'évangile de Matthieu*, LD 144, Paris 1991, 177-178.

Pero lo más importante en esta escena es que también aparece aquí lo que encontramos en la tradición bíblica unida al desierto: la compasión y la misericordia divina. «Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella porque andaban como ovejas que no tienen pastor y se puso a enseñarles muchas cosas» (Mc 6,34).

Mateo y Lucas señalan la curación de los enfermos (Mt 14,14 y Lc 9,11). Este tema de la curación está también en la tradición del desierto tal como encontramos en Ex 15, 26 y en Os 11,3.

Juan cuenta el mismo hecho que encontramos en la narración sinóptica (6,1-13), y añade después la interpretación eucarística del signo que Jesús había hecho (6,25-59). En la narración de 6,1-13 no encontramos ninguna mención al «lugar desierto», sino que presenta a Jesús que ha subido a la montaña y sentado con sus discípulos. Esta montaña puede ser el mismo «lugar desierto» de Mateo y Marcos, cualquiera de los montes que rodean el lago de Galilea, convertido ahora en el Sinaí cristiano. También Mateo sitúa en la montaña la segunda multiplicación de los panes (15,29).

Creo que Juan señala este contexto geográfico de la montaña queriendo establecer cierta tipología entre Jesús y Moisés en relación a la Torá o enseñanza recibida de Dios, pues de hecho, aunque Juan no diga directamente que Jesús enseñaba, la imagen de Jesús sentado con sus discípulos recuerda la enseñanza de Moisés y de los rabinos de Israel que acostumbraban a sentarse para enseñar, y Jesús viene presentado así otras tantas veces en los evangelios (Mc 4,1; 9,35; Mt 5,1; Lc 4,20). También encontramos en Juan la referencia a la curación de enfermos, pues se nos dice que «lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos» (6,2).

En el discurso del pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún, Jesús interpreta el signo que había hecho y enseña a la gente y a los discípulos desde este signo. Y en esta enseñanza encontramos una clara evocación del desierto del éxodo y del alimento del maná allí recibido. La enseñanza eucarística de Jesús contrapone el maná que comieron en el desierto del éxodo con el Pan de Vida que es el mismo Jesús. Jesús dice que no fue Moisés quien dio el maná sino Dios mismo que es quien da vida al mundo (6,32). Esta enseñanza está en continuidad con la presentación de los Sinópticos que presentaban a Jesús acogiendo y enseñando en el desierto como un nuevo Moisés, pero ahora Juan viene a decir que es Jesús mismo la enseñanza y que recibirle a él como pan eucarístico es recibirle como enseñanza viva de Dios, como palabra definitiva y alimento de inmortalidad<sup>16</sup>, por eso Jesús mismo es el verdadero y definitivo

<sup>16</sup> Me parece que estos textos evangélicos de la multiplicación de los panes junto con este discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún son la mejor explicación de la «sacramentalidad



alimento enviado por Dios para el desierto del mundo, pues este pan ya no es sólo para Israel y su desierto sino para la «vida del mundo» (6,33).

Hemos visto cómo toda la tradición evangélica evoca a Israel en el desierto y cómo fue alimentado por Dios. Es verdad que no todos los evangelistas evocan el desierto de Israel de la misma manera, pero en todos aparece este motivo. Y esto es importante pues refleja con distintos matices la tradición bíblica del alimento divino en el desierto y la asistencia providente de Dios que manifiesta su misericordia y su compasión.

## **7. LA MUJER-IGLESIA EN EL DESIERTO BAJO LA MISERICORDIA DIVINA (AP 12)**

Al final del canon bíblico encontramos Ap 12, que es una profecía en forma de «gran signo» para la Iglesia de aquel momento. El signo de la mujer que aparece en el cielo y tiene que huir al desierto, «al lugar preparado por Dios para ser alimentada» (12,6). A esta mujer, después de dar a luz a quien tiene que «regir a todas las naciones con vara de hierro» (Sal 2,9), «le fueron dadas las dos alas de la gran águila, para que volara al desierto» (12,14). El desierto es lugar de protección divina, en donde se experimenta la misericordia y la gracia en momentos de dificultad. No es un lugar ideal sino un lugar de renunciaciones y de purificación, donde la mujer-Iglesia será preservada del mal gracias a la asistencia providente de Dios. El desierto es un lugar de prueba y de resistencia a las fuerzas hostiles que atacan a la mujer-Iglesia, pero es el lugar reservado por Dios, es su lugar para encontrarse con ella misma. Las alas dadas a la mujer son una mención de Ex 19,4, y una alusión a la misericordia y la protección divina tal como hemos visto.

## **CONCLUSIÓN**

El lenguaje bíblico sobre la misericordia de Dios invita al encuentro con Dios desde el propio sufrimiento y desde el sufrimiento del otro. Este lenguaje expresa la cercanía del Dios distante.

La misericordia es un lenguaje universal para hablar de Dios pues expresa el amor sin condiciones. Y los textos bíblicos nos muestran que es Dios mismo o Jesús quienes toman la iniciativa desde el sentimiento de la compasión.

El lenguaje bíblico sobre la misericordia no expresa un consuelo fácil ni una

---

de la Palabra» de la que habla la Exhortación Apostólica de BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, §56. Es decir, es única la presencia de Cristo en la Palabra de Dios como en la Eucaristía, y no podemos ni separarlas ni prescindir de ninguna.

justificación de ninguna ideología, sino que es un lenguaje que invita al encuentro con Dios desde la propia necesidad, y compromete a salir al encuentro del sufrimiento del otro. Por eso comprobamos que nuestro lenguaje humano se queda corto y limitado para expresar el sentimiento de Dios. Nuestras palabras pueden empujarlo e incluso a veces ser obstáculo.

La misericordia de Dios nos compromete: «dadle vosotros de comer». Esta palabra es para los desiertos y periferias de nuestro mundo. El desierto de la soledad, el desierto de la falta de oportunidades y del paro, el desierto del amor roto, el desierto de la enfermedad y de la vejez, el desierto de la pobreza y de la exclusión... Y sabemos que Dios no nos pide nada que él no haya hecho antes.